

El extraño

Jordi Sierra
i Fabra



ANAYA

1

Un extraño en casa

El día que mamá me dijo que iba a alquilar la habitación del fondo tuve dos reacciones. La primera de enfado, porque un extraño viviría con nosotros. La segunda de excitación, porque de esta forma algo diferente sucedería en nuestras vidas. Eso de tener dos reacciones tan opuestas te crea una sensación muy rara, como cuando estás ardiendo de fiebre pero tienes escalofríos. No sabía cuál de las dos era la más fuerte hasta que comprendí que con lo mal que estaban las cosas necesitábamos el dinero, y mucho. Por lo tanto me resigné y acepté lo que el destino me deparaba, mentalizándome para la llegada del realquilado, aunque me dijo mamá que esa palabra no le gustaba nada, que ella prefería emplear otra más idónea, como huésped.

Así que nos dispusimos a compartir nuestro espacio vital con una persona desconocida, que tanto podía ser hombre como mujer, joven o mayor. Un misterio.

De entrada, a mamá le fue bien tener algo en qué pensar y en qué ocuparse. Se puso manos a la obra, adecentó la habitación, que no se usaba desde la muerte de la abuela, tiró un montón de cosas inútiles y la

dejó lista para ser ocupada, con una cama, un armario, un espejo de pared, un mueble bajo con cajones, un perchero, una silla y un lavamanos con una jofaina. También la hubiera pintado pero el señor Abelardo, el de la droguería, no quiso fiarnos la pintura. Por lo tanto tapó una mancha de la pared con un cuadro que encontró en el trastero y disimuló la grieta colocando el perchero justo delante. Para la puerta nos sirvió una cerradura muy vieja que guardaba en un arcón, porque mamá era de las que no tiraba nada.

La habitación quedó de lo más aparente.

Lo mejor fue verla sonreír.

—¡Ya está! —suspiró.

—¿Y si viene mucha gente? —me interesé yo.

—Ojalá.

—¿Cómo vamos a decidir quién se queda?

—Bueno, el primero siempre tiene la preferencia.

—¿Pero y si no nos gusta?

—Cariño, en estos tiempos bastante suerte tendremos si aparece alguien pronto.

En estos tiempos.

Siempre lo mismo.

Yo no había conocido otro tiempo, así que era el mío.

Y resultaba que era malo.

Desde el encarcelamiento de papá todo había sido... extraño, por decir una palabra abstracta y en la que cupiese todo. En casa la tristeza constante de mamá, la



falta de dinero, la sensación de que la vida se había estancado. Y en la calle todo aquel miedo heredado del fin de la guerra, el silencio, las miradas huidizas de las personas, el vacío que lo envolvía todo igual que un invisible manto.

Aquí y allá flotaba una enorme carga de dolor.

Hasta yo podía darme cuenta.

Cuando les comenté el tema a Leo y a Susi, mis amigos, valoraron críticamente la nueva situación que se me presentaba. No era raro que discrepáramos, así que sus comentarios no tuvieron desperdicio.

—Los realquilados suelen ser horribles —dijo Leo en plan fúnebre.

—¡Qué bien, así tu madre estará ocupada en algo!
—suspiró Susi muy positiva.

Me encaré con Leo.

—No vamos a llamarlo realquilado —quise dejarlo claro—. Será nuestro huésped.

—Da igual cómo lo llames —mi amigo insistió en sus argumentos—. Los «huéspedes» —remarcó la palabra—, se creen los amos de la casa, lo quieren todo limpio, todo puntual, que no haya ruidos, que no se les moleste... —se quedó sin lista, momentáneamente, y acabó agregando—: Son exigentes porque para eso pagan.

—¿Y si es una persona divertida a la que le gustan los niños? —insistí yo.

La mirada escéptica de Leo fue de las que matan.

—¿Conoces a alguien a quien le gusten los niños?

Eso era determinante. A veces parecíamos sobrar en todas partes.

—Pues yo no estoy de acuerdo —intervino Susi.

Centramos nuestra atención en ella. Casi siempre era la equilibrada del trío, la mesurada, la que razonaba las cosas enjuiciándolas con equidad e inteligencia no exenta de la misma pasión que solía devorarnos a nosotros dos.

—¿No estás de acuerdo en qué? —quiso saber Leo.

—En todo eso que has dicho —nos desafió con su seriedad antes de dirigirse a mí—, tu madre estará ocupada, y eso es muy importante. Siempre que la veo parece estar en cualquier parte menos dentro de sí misma. Y tan triste... —lo pronunció con una soterrada carga de dolor—. Si ese huésped es una mujer, tendrá con quien hablar, y si encima es una persona afable... No todo tiene que ser negativo.

—Si alguien alquila una habitación es porque está solo o de paso, y en las dos circunstancias no creo yo que a esas personas les dé por hablar mucho. Si ya no se habla en ninguna parte, por miedo, menos lo hará un extraño —defendió sus argumentos Leo.

Y eran de peso.

—Bueno, no sé por qué estamos discutiendo —quise calmar las cosas—. Falta que venga alguien, y luego ya veremos cómo nos sale.

Sea como sea era la novedad. Una de las pocas que nos acompañaría a buen seguro rompiendo la monotonía en los días siguientes.

Mamá puso el anuncio y esperamos. Lo mejor hubiera sido en un periódico, pero eso también costaba un dinero que no teníamos, así que colocó uno en la puerta de la calle, otro en el cristal de la panadería y un tercero en la taberna de la señora Engracia. Decía: «Habitación sencilla en casa particular, pago semanal. Comidas a convenir. Ambiente familiar. Absoluta intimidad y discreción».

A mí me pareció un buen anuncio. Lo de la intimidad y la discreción no lo entendí muy bien. Sonaba aburrido. Pero como eran cosas de mayores preferí no meter la pata. Con el dinero que nos pagase el huésped por la habitación tendríamos para mucho más de lo que teníamos en ese momento.

Cruzamos los dedos y esperamos un poco de algo de lo que carecíamos al cien por cien.

Suerte.

En un país abatido por una cruel dictadura, Daniel y su madre sobreviven como pueden, con el padre en la cárcel y pocos recursos. Ante esta situación, la madre se ve obligada a alquilar una habitación a un huésped. La llegada del inquilino despertará la curiosidad de Daniel, que se sentirá atraído por su personalidad y llegará a obsesionarse con él: ¿quién es en realidad este hombre? ¿de dónde viene? ¿a qué se dedica?

Una novela que habla de la vida en tiempos de miedo y silencio, de la infancia como fuerza vital en momentos amargos, y sobre todo del poder de la fantasía para enfrentarse a lo más duro de la existencia: la falta de libertad.

“La dictadura es el sistema de gobierno en el que lo que no está prohibido es obligatorio”. Enrique Jardiel Poncela

1562039



ANAYA
www.anayainfantilyjuvenil.com